pulos del temor mundano, infundiendo en su corazón un temor superior: *No temáis* —les dice— *a los que matan el cuerpo; temed al que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno*[36]. Queriendo, en otra ocasión, curarlos de una alegría rastrera: *No tanto habéis de gozaros porque se os rinden los espíritus, cuanto porque vuestros nombres están escritos en los cielos*[37]; y Él mismo rechaza la alegría mediante la tristeza: *¡Ay de vosotros los que ahora reis, porque llorareis!*[38]. De esta manera, arranca y sujeta los afectos y las pasiones, desviándolas del fin hacia el cual el amor propio quiere llevarlas, y encaminándolas hacia un objeto espiritual.

XV

Que la tristeza es casi siempre inútil y contraria al servicio del santo amor

La tristeza, ¿cómo puede ser útil a la santa caridad, cuando, entre los frutos del Espíritu Santo, la alegría ocupa su lugar junto a ésta? Sin embargo, dice así el gran Apóstol: *La tristeza que es según Dios, produce una penitencia constante para la salud, cuando la tristeza del siglo causa la muerte*[39]. Hay, pues, una tristeza según Dios, la ejercitada por los pecadores, en la penitencia, o por los buenos en la compasión por las miserias temporales del prójimo, o por los perfectos, en el sentimiento, en la lamentación y en la pena por las calamidades espirituales de las almas; porque David, San Pedro y la Magdalena lloraron sus pecados; Agar lloró al ver que su hijo moría de sed; Jeremías, sobre las ruinas de Jerusalén; nuestro Señor, por los judíos, y su gran Apóstol dijo, gimiendo, estas palabras: *Muchos andan por ahí, como os decía repetidas veces, y aun ahora os lo digo con lágrimas, que se portan como enemigos de la cruz de Cristo*[40].

La tristeza de la verdadera penitencia, no tanto se ha de llamar tristeza, como displicencia o sentimiento y aborrecimiento del mal; tristeza que jamás es molesta y enojosa; tristeza que no entorpece el espíritu, sino que lo hace activo, pronto y diligente; tristeza que no abate el corazón, sino que lo levanta por la oración y la esperanza y excita en él los afectos de fervor y devoción; tristeza

que, en lo más recio de las amarguras, produce siempre la dulzura de un incomparable consuelo, según la regla que da San Agustín: Entristézcase siempre el penitente, pero alégrese siempre en su tristeza. La tristeza —dice Casiano— producida por la sólida penitencia y el agradable arrepentimiento, de la cual jamás nadie se dolió, es obediente, afable, humilde, apacible, suave, paciente, como nacida y derivada de la caridad. De suerte que, extendiéndose a todo dolor del cuerpo y a toda contribución del espíritu, es, en cierta manera, alegre, animosa y está fortalecida por la esperanza de su propio provecho, conserva toda la dulzura de la amabilidad y de la longanimidad y posee, en sí misma, los frutos del Espíritu Santo. Vemos también muchas veces, cierta penitencia excesivamente solícita, turbada, impaciente, llorosa, amarga, quejumbrosa, inquieta, demasiado áspera y melancólica, la cual es infructuosa y sin fruto de verdadera enmienda, porque no se funda en verdaderos motivos de virtud, sino en el amor propio y en el natural de cada uno.

La tristeza del siglo causa la muerte[41] dice el Apóstol. Luego, Teótimo, es menester que la evitemos y la rechacemos en la medida de nuestras fuerzas. Si es natural, debemos desecharla contrarrestando sus movimientos, desviándola, mediante ejercicios apropiados al efecto, y empleando los remedios y el régimen de vida que los médicos estimen a propósito. Si nace de las tentaciones, hay que abrir el corazón al padre espiritual, el cual prescribirá los medios adecuados para vencerla, según dijimos en la cuarta parte de la Introducción a la vida devota. Si es accidental, recurriremos a lo que hemos indicado en el libro octavo, para ver cuán dulces son para los hijos de Dios las tribulaciones, y cómo la magnitud de nuestra esperanza en la vida eterna ha de hacer que nos parezcan insignificantes todos los acontecimientos pasajeros de la vida temporal.

Por lo demás, contra cualquiera melancolía que pueda dejarse sentir en nosotros, hemos de emplear la autoridad de la voluntad superior, para hacer cuanto podamos en obsequio del divino amor. A la verdad, hay actos que de tal manera dependen de la disposición y complexión corporal, que no está en nuestra mano hacerlos, a nuestro arbitrio. Porque un melancólico no puede mostrar en sus ojos, en sus palabras y en su rostro, la misma gracia y suavidad que

tendría si estuviese libre de su malhumor; pero puede, aunque sea sin gracia, decir palabras graciosas, amables y corteses, y, a pesar de la inclinación que entonces siente, hacer, por pura razón, lo que es conveniente en palabras y en obras de caridad, de dulzura y de condescendencia. Tiene excusa el que no siempre está alegre, pues nadie es dueño de la alegría para tenerla cuando quiera; pero nadie tiene excusa de no ser siempre bondadoso, flexible y condescendiente, porque esto depende siempre de nuestra voluntad, y sólo es menester resolverse a vencer el humor y la inclinación contraria.

LIBRO DOCE

Que contiene algunos avisos para el progreso en el santo amor

I

Que el progreso en el amor santo no depende de la natural complexión

Un gran religioso de nuestros tiempos ha escrito que la disposición natural sirve mucho para el amor contemplativo, y que las personas afectuosas por complexión son más propensas a él. Creo, con todo, que no quiere decir que el amor sagrado se distribuya a los hombres y a los ángeles como consecuencia, y menos aún en virtud, de las condiciones naturales, ni tampoco que la distribución del amor divino se haga a los hombres por sus cualidades y habilidades de orden natural; porque esto sería desmentir la Escritura y equivaldría a contradecir la decisión de la Iglesia por la que los pelagianos fueron declarados herejes.

Dos personas, una de las cuales es amable y dulce y la otra desabrida y desapacible por su natural condición, pero cuya caridad es igual, amarán igualmente a Dios, pero no de una manera semejante. El corazón naturalmente dulce amará con más facilidad, más amable y dulcemente, pero no con tanta solidez ni perfección, y el amor nacido entre las espinas y las repugnancias de un natural áspero y seco, será más fuerte y más glorioso, como el otro será más delicioso y gracioso.

Importa, pues poco la disposición natural para amar, cuando se trata de un amor sobrenatural y por cuya virtud sólo obramos sobrenaturalmente. Una sola cosa, Teótimo, diría de buena gana a

los hombres: ¡Oh mortales! si tenéis el corazón propenso al amor, ¿por qué no pretendéis el amor celestial y divino? Pero, si sois duros y amargos de corazón, ya que, pobrecitos de vosotros, estáis privados del amor natural, ¿por qué no aspiráis al amor sobrenatural, que os será generosamente concedido por Aquel que tan santamente os llama a que le améis?

II

Que es menester un deseo continuo de amor

Teótimo, el saber si amamos a Dios sobre todas las cosas no está en nuestra potestad, si el mismo Dios no nos lo revela; pero podemos saber muy bien si deseamos amarle; y cuando sentimos en nosotros el deseo del amor sagrado, sabemos que comenzamos a amar.

El deseo de amar y el amor dependen de la misma voluntad; por lo cual, en seguida que hemos formado el deseo de amar, comenzamos ya a tener amor; y, según este deseo va creciendo, va aumentando también el amor. Quien desee ardientemente el amor, pronto amará con ardor. ¿Quién nos concederá la gracia, oh Dios mío de que nos abrasemos en este deseo, que *es el deseo de los pobres y la preparación de su corazón,* que Dios escucha con agrado?[1]. El que no está seguro de que ama a Dios es pobre, y, si desea amarle, es mendigo, pero mendigo con aquella feliz mendicidad de la cual dijo el Salvador: *Bienaventurados los mendigos de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*[2].

El que desea de verdad el amor, de verdad lo busca; el que de verdad lo busca, lo encuentra; el que lo encuentra, ha encontrado la fuente de vida, *de la cual sacará la salud del Señor*[3]. Clamemos, oh Teótimo, noche y diá: Ven, oh Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles, y enciende en ellos el fuego de tu amor. ¡Oh amor celestial! ¿Cuándo llenarás colmadamente nuestra alma?

III

Que para tener el deseo del amor sagrado es menester cercenar los deseos terrenales

Si el corazón que pretende el amor divino está muy hundido en los negocios terrenos y temporales, florecerá tarde y con dificultad; pero, si está en este mundo únicamente en la medida que su condición requiere, pronto lo veréis florecer en amor y derramar su agradable fragancia.

Por esto los santos se retiraron a las soledades, para que desprendidos de los cuidados del mundo pudiesen consagrarse más ardientemente al celestial amor.

Las almas que desean amar de verdad a Dios, cierran su entendimiento a los discursos de las cosas mundanas, para emplearlo más ardientemente en la meditación de las cosas divinas, y concentran siempre todas sus pretensiones en la única intención que tienen de amar solamente a Dios. El que desea el divino amor, debe conservar cuidadosamente para él sus ocios, su espíritu y sus afectos.

IV

Que las legítimas ocupaciones no impiden en manera alguna, la práctica del divino amor

La curiosidad, la ambición, la inquietud, juntamente con la inadvertencia y la irreflexión acerca del fin por el cual estamos en este mundo, son causa de que tengamos mil veces más dificultades que negocios, más agitación que trabajo, más tarea que cosas que hacer. Y son estos embarazos, es decir, estas nonadas y estas vanas y superfluas ocupaciones, de las cuales nos cargamos, las que nos desvían del amor de Dios, y no son los verdaderos y legítimos ejercicios de nuestra vocación.

San Bernardo no perdía nada del progreso que deseaba hacer en este santo amor, aunque estuviese en las cortes y en los ejércitos de los grandes príncipes, ocupado en reducir los negocios de esta-

do al servicio de la gloria de Dios; cambiaba de lugar, pero no cambiaba de corazón, ni su corazón de amor, ni su amor de objeto; y, para emplear su propio lenguaje, estos cambios se producían en torno de él, mas no en él; pues, aunque sus ocupaciones eran muy variadas, permanecía indiferente a todas ellas, y no recibía el color de los negocios y de las conversaciones, como el camaleón el de los lugares donde está, sino que se conservaba siempre unido a Dios, siempre blanco en pureza, siempre encarnado de caridad y siempre lleno de humildad.

Cuando la peste afligió a los milaneses, San Carlos no tuvo reparo en frecuentar las casas y en tocar a los apestados; pero les visitaba y tocaba únicamente en la medida que exigía el servicio divino, y de ninguna manera se puso en peligro, sin verdadera necesidad, por temor de cometer el pecado de tentar a Dios. Así, no fue atacado de mal alguno, y la divina Providencia conservó al que había tenido en ella una confianza tan pura, sin mezcla de temor ni de temeridad. Dios tiene también cuidado de los que acuden a la corte, a palacio y van a la guerra para cumplir con su deber; por lo que, en este punto, ni hay que ser tan tímido, que se dejen los lícitos y justos negocios por no ir a estos lugares, ni tan temerarios y presuntuosos, que se acuda y permanezca en ellos, si no lo exigen expresamente el deber y los quehaceres.

V

Ejemplo muy simpático acerca de este tema

Dios es inocente con el inocente[4], bueno con el bueno, amable con el amable, tierno con los tiernos, y su mor le lleva, a veces, a hacer ciertos mimos, nacidos de una santa y sagrada dulzura, a las almas que, con amorosa pureza y simplicidad se hacen como niños en su presencia.

Un día, Santa Francisca rezaba el oficio de Nuestra Señora, y como suele acontecer ordinariamente, que, aunque no haya en todo el día más que un negocio que despachar, es en tiempo de oración cuando vienen las prisas, esta santa mujer fue llamada de parte de su marido para un servicio de orden doméstico, y, cuatro ve-

ces, cuando pensaba tomar de nuevo el hilo de su oficio, fue llamada y se vio obligada a interrumpir el mismo versículo, hasta que terminado finalmente el negocio por el cual tan presto había dejado su oración, al reanudar el oficio encontró el versículo, tantas veces dejado por obediencia y con tanta frecuencia comenzado de nuevo por devoción, escrito en hermosas letras de oro, las cuales, según juró haberlo visto su devota compañera Vannocia, trazó el Angel de la Guarda de la santa, a la que después se lo reveló San Pablo.

¡Qué suavidad, Teótimo, la de este Esposo celestial con esta su dulce y fiel amante! Ves, pues, como las ocupaciones necesarias de cada uno, según su vocación no disminuyen, en manera alguna, el amor divino, sino que, por el contrario, lo acrecientan y, por decirlo así tiñen de oro las obras de devoción. El ruiseñor no menos gusta de su melodía cuando canta, que en sus pausas; los corazones devotos no gustan menos del amor cuando, por necesidad, se distraen en las ocupaciones exteriores, que cuando están en oración: su silencio, su voz, su contemplación, sus ocupaciones y su reposo, cantan igualmente en ellos el himno de su amor.

VI

Que es menester aprovechar todas las ocasiones que se ofrezcan en la práctica del divino amor

En los pequeños y sencillos ejercicios de devoción, la caridad se practica, no sólo con más frecuencia, sino también con más humildad, y, por lo tanto, más útil y santamente.

El condescender con el humor de los demás, el soportar las acciones y las maneras ásperas y enojosas del prójimo, las victorias sobre nuestro propio carácter y sobre nuestras pasiones, la renuncia a nuestras pequeñas inclinaciones, el esfuerzo contra las aversiones y las repugnancias, el franco y suave reconocimiento de nuestras imperfecciones, el trabajo continuo que nos tomamos para conservar nuestras almas en igualdad, el amor a nuestro abatimiento, la benigna y amable acogida que dispensamos al desprecio y a la crítica que se hace de nuestra condición, de nuestra vida, de nuestra conversación, de nuestras acciones..., todo esto,

Teótimo, es, para nuestras almas, más provechoso de lo que pudiéramos pensar, con tal que lo dirija el amor celestial.

VII

Del cuidado que hemos de tener en hacer con gran perfección nuestras acciones

Si una obra es, de suyo buena, pero no está adornada de la caridad, si la intención no es piadosa, no será recibida entre las buenas obras. Si yo ayuno, pero con el intento de ahorrar, mi ayuno no es de buen género; si ayuno por templanza, pero tengo en el alma algún pecado mortal, falta a esta obra la caridad, que da el peso a todo lo que hacemos; si lo hago por motivos de convivencia y para acomodarme a mis compañeros, esta obra no lleva el cuño de una aprobada intención. Pero si ayuno por templanza y estoy en gracia de Dios, y tengo la intención de agradar a su Divina Majestad por esta templanza, la obra será buena y propia para acrecentar en mí el tesoro de la caridad.

Es hacer las acciones pequeñas de una manera muy excelente, el hacerlas con mucha pureza de intención y con una gran voluntad de agradar a Dios; entonces nos santifican extraordinariamente. Hay almas que hacen muchas obras buenas y crecen poco en caridad, porque o las hacen fría y flojamente o por instinto e inclinación natural, más que por inspiración de Dios o por fervor celestial; y, al contrario, hay otras que trabajan menos, pero con una voluntad y una intención tan santas, que hacen enormes progresos en el amor: han recibido pocos talentos, pero los administran con tanta fidelidad, que el Señor se lo recompensa largamente.

VIII

Manera general de aplicar nuestras obras al servicio de Dios

Todo cuanto hacéis, sea de palabra o de obra, hacedlo todo en nombre de Nuestro Señor Jesucristo[5]*. Ora comáis, ora bebáis,*

o hagáis cualquiera otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios[6]. He aquí las palabras del Apóstol divino, las cuales como dice el gran Santo Tomás al explicarlas, se practican suficientemente cuando poseemos el hábito de la caridad, por el cual, aunque no tengamos una explícita y atenta intención de hacer cada obra por Dios, esta intención está contenida implícitamente en la unión y comunicación que tenemos con Dios, por la cual todo cuanto podamos hacer de bueno está dedicado, juntamente con nosotros mismos, a su divina bondad. No es necesario que un hijo, que está en la casa y bajo la potestad de su padre, declare que todo cuanto adquiere es adquirido por éste, pues, perteneciéndole su persona, también le pertenece lo que depende de él. Basta, pues, que seamos hijos de Dios por el amor, para que todo cuanto hacemos vaya aderezado a su gloria.

¡Qué excelentes son los actos de las virtudes, cuando el divino amor les imprime su sagrado movimiento, es decir, cuando se hacen por motivos de amor! Mas esto se hace de diferentes maneras.

El motivo de la divina caridad ejerce un influjo de particular perfección sobre los actos virtuosos de los que están especialmente consagrados a Dios, con el fin de servirle para siempre. Tales son los obispos y los sacerdotes, que, por la consagración sacramental y el carácter espiritual, que no puede ser borrado, se ofrecen, como siervos estigmatizados y marcados, al servicio perpetuo de Dios. Tales los religiosos que por sus votos, o solemnes o simples, se inmolan a Dios en calidad de *hostias vivas y razonables*[7]. Tales son todos los que forman parte de las asociaciones piadosas, dedicadas para siempre a la gloria divina. Tales los que, a propósito, hacen profundas y firmes resoluciones de seguir la voluntad de Dios, haciendo, con este fin, retiros de algunos días, para excitar sus almas, con diversas prácticas espirituales, a la entera reforma de su vida; método santo, familiar a los antiguos cristianos, pero después casi del todo en desuso, hasta que el gran siervo de Dios, Ignacio de Loyola, volvió a ponerlo en boga, en tiempo de nuestros padres.

Sé que algunos no creen que esta consagración tan general de nosotros mismos extienda su virtud y deje sentir su influencia sobre todos los actos que después practicamos, en particular, el motivo del amor de Dios. Pero, a pesar de ello, todos reconocen, con

San Buenaventura, tan alabado por todos en esta materia, que si yo he resuelto, en mi corazón dar cien escudos por Dios, aunque después distribuya esta suma a mi antojo, con el ánimo distraído y sin atención, no por ello dejará de hacerse toda la distribución por amor, pues procede de la primera resolución que el amor divino me ha hecho hacer de dar esta suma.

Dime ahora, Teótimo: ¿Qué diferencia hay entre el que ofrece a Dios cien escudos y el que le ofrece todas sus acciones? Ciertamente, no hay ninguna, sino que el uno ofrece una suma de dinero y el otro una suma de actos. ¿Por qué, pues, no hay que creer que tanto el uno como el otro, al hacer la distribución de las partes de sus sumas, obran en virtud de sus primeros propósitos y de sus fundamentales resoluciones? Y si el uno, al distribuir sus escudos sin atención, no deja de gozar del influjo del primer designio, ¿por qué el otro, al distribuir sus acciones, no ha de gozar del fruto de su primera intención? El que, de intento, se ha hecho esclavo de la divina bondad, le ha consagrado, por lo mismo, todas sus acciones.

Acerca de esta verdad, debería cada uno, una vez en la vida, hacer unos buenos ejercicios, para purgar su alma de todo pecado y tomar una íntima y sólida resolución de vivir enteramente para Dios, según lo enseñamos en la primera parte de la *Introducción a la vida devota;* después, a lo menos una vez al año, debería también hacer un examen de su conciencia y renovar la resolución primera, indicada en la parte quinta de dicho libro, a la cual te remito en lo que atañe a este punto.

IX

De algunos otros medios para aplicar más particularmente nuestras obras al amor de Dios

Cuando nuestras intenciones están puestas en el amor de Dios, ya sea que proyectemos alguna buena obra, ya que nos lancemos por el camino de alguna vocación, todas las acciones que de ello se siguen reciben su valor y adquieren su nobleza del amor del cual traen su origen; porque ¿quién no ve que las acciones propias de

mi vocación, o necesarias para la realización de mis planes, dependen de la primera elección y resolución que hice?

Pero, Teótimo, no nos hemos de detener aquí; al contrario, para adelantar mucho en la devoción, es menester, no sólo consagrar nuestra vida y todas nuestras acciones a Dios al comienzo de nuestra conversión, y después todos los años, sino también ofrecérselas todos los días, mediante el ejercicio de la mañana, que enseñamos a Filotea[8]; porque, en esta renovación cotidiana de nuestra oblación, derramamos sobre nuestras acciones el vigor y la virtud del amor, por la aplicación de nuestro corazón a la gloria divina, con lo cual se santifica cada día más.

Además de esto, consagramos, cien y cien veces al día, nuestra vida al amor divino, por la práctica de las oraciones jaculatorias, las aspiraciones del corazón de Dios y los retiros espirituales; porque estos santos ejercicios lanzan y arrojan continuamente nuestros espíritus en Dios, y arrastran consigo todas nuestras acciones. ¿Y cómo es posible admitir que no hace todas sus aciones en Dios y por Dios el alma que, en todo momento, se sumerge en la divina bondad y suspira, sin cesar, palabras de amor, para tener siempre su corazón en el seno del Padre celestial?

El alma que dice: *Señor, vuestro soy*[9]; *Mi Amado es para mí y yo soy de mi Amado*[10]; Dios mío y mi todo; oh Jesús, Vos sois mi vida. ¡Ah! ¿quién me hará la gracia de que muera a mí mismo, para no vivir sino en Vos? ¡Oh amar! ¡Oh morir a sí mismo! ¡Oh el vivir en Dios! ¡Oh el estar en Dios! ¡Oh Dios mío! lo que no es Vos, es nada para mí. El alma que dice esto —repito— ¿no consagra continuamente sus acciones al celestial Esposo? ¡Oh. qué dichosa es el alma que se ha despojado una vez totalmente y ha hecho de sí misma la perfecta resignación en manos de Dios, de que hemos hablado más arriba! porque, después, le basta un pequeño suspiro y una mirada dirigida a Dios, para renovar y confirmar su despojo, su resignación y su oblación, con la protesta de que no quiere nada que no sea Dios y para Dios, y de que no se ama a sí misma y cosa alguna del mundo, sino en Dios y por amor de Dios.

Ahora bien, este ejercicio de continuas aspiraciones es muy a propósito para aplicar todas nuestras obras al amor, pero principalmente es suficientísimo para las acciones pequeñas y ordinarias de nuestra vida, porque, en cuanto a las obras importantes y de

trascendencia, es conveniente, para sacar de ellas un notable provecho, emplear el siguiente método, tal como ya lo insinué antes.

Levantemos en estas circunstancias nuestros corazones y nuestros espíritus a Dios; ahondemos en nuestras consideraciones y llevemos nuestro pensamiento hasta la santa y gloriosa eternidad; veamos cómo, ya desde ella, la divina Bondad nos amaba tiernamente y destinaba, para nuestra salvación, todos los medios adecuados a nuestro provecho espiritual y, particularmente, el auxilio para hacer el bien que se nos ofreciese, y para soportar los males que nos sobreviniesen. Hecho esto, desplegando, por así decirlo, y levantando los brazos de nuestro consentimiento, abracemos con gran cariño, ardor y afecto, ya sea el bien que debemos hacer, ya los males que tengamos que sufrir considerando que así lo ha querido Dios, desde la eternidad, para que le agrademos y nos sujetemos a su providencia.

X

Exhortación al sacrificio que hemos de hacer a Dios de nuestro libre albedrío

Añado el sacrificio del gran patriarca Abraham, como una viva imagen del amor más fuerte y leal que se puede imaginar en criatura alguna.

Sacrificó, ciertamente, sus más vivos afectos, cuando al oír la voz de Dios, que le decía: *Sal de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre, y ven a la tierra que te mostraré*[12], salió al punto y se puso enseguida en camino, *sin saber a dónde iría*[12]. El dulce amor a la patria, la suavidad del trato de sus familiares, las delicias de la casa paterna no le arredraron; partió audaz y animosamente hacia donde Dios se complacía en conducirle. ¡Qué abnegación, oh Teótimo! ¡Qué renunciamiento! No es posible amar perfectamente a Dios, si no se arrancan los afectos a las cosas perecederas.

Mas esto no es nada, en comparación de lo que hizo después, cuando Dios, *llamándole* por dos veces y habiendo visto su presteza en responder, le dijo: *Toma a Isaac, tu hijo único, al cual amas, y ve a la tierra de visión, donde le ofrecerás en holocausto sobre*

uno de los montes, que te mostraré[13]. Porque, he aquí que este gran hombre, partiendo al instante con su tan amado y tan amable hijo, hace tres días de amino, llega al pie de la montaña, deja allí sus criados y el jumento, carga sobre su hijo la leña para el holocausto, mientras lleva el fuego y el cuchillo; y, según va subiendo, le dice su hijo: *Padre mío. Y él responde: ¿Qué quieres, hijo? Veo* —dice— *el fuego y la leña; ¿dónde está la víctima del holocausto? A lo que responde Abrahan; Hijo mío, Dios sabrá proveerse de víctima para el holocausto. Y llegan al monte destinado, donde enseguida Abraham construye un altar, acomoda encima la leña, y, habiendo atado a Isaac, lo pone sobre el montón de leña, extiende su mano derecha, y toma y saca el cuchillo, levanta el brazo, y cuando va a descargar el golpe, para inmolar al hijo, el ángel del Señor le grita desde el cielo. ¡Abraham! ¡Abraham! Heme aquí responde. No extiendas tu mano sobre el muchacho* —prosigue el ángel—, *basta ya; ahora conozco que temes a Dios, pues no has perdonado a tu hijo único por amor a Él.* Al oír esto, desata Abraham a Isaac, *toma un carnero, enredado por las astas en un zarzal, y lo ofrece en holocausto, en lugar de su hijo.*

Teótimo, *el que mira a la mujer de su prójimo, para desearla, ha cometido ya el adulterio en su corazón*[14]; y el que ata a su hijo para inmolarlo, lo ha sacrificado ya en su interior. ¡Ah! ¡Qué holocausto más grande hizo este varón santo en su corazón! ¡Sacrificio incomparable! Sacrificio que no se puede apreciar ni alabar bastante. ¡Ah Señor! ¿Quién podrá discernir cuál es el mayor de estos dos amores, el de Abraham, que, para agradar a Dios, inmola a este hijo tan amable, o el del hijo, que, también para agradar a Dios, quiere ser inmolado, y, para esto se deja atar, tender sobre la leña y, como un manso corderito, aguarda apaciblemente el golpe de muerte de la mano querida de su buen padre?

En cuanto a mí, prefiero al padre con su longanimidad, pero me atrevo también a otorgar el premio a la magnanimidad del hijo. Porque, por una parte, es una verdadera maravilla, pero no tan grande, el ver cómo Abraham, ya viejo, consumado en la ciencia de amar a Dios, fortalecido por la reciente visión y por la palabra divina, haga este postrero esfuerzo de lealtad y de amor por un Señor al cual había oído tantas veces y cuya suavidad y providencia había saboreado. Mas ver cómo Isaac, en la primavera de la

vida, todavía aprendiz y novicio en el arte de amar a Dios, se ofrece, ante la sola palabra de su padre, al cuchillo y al fuego, para ser un holocausto de obediencia a la divina voluntad, es cosa que sobrepuja toda admiración.

Con todo, por otra parte, ¿no ves, Teótimo, como Abraham, durante más de tres días, vuelve y resuelve en su ánimo la amarga idea y la resolución de este áspero sacrificio? ¿No sientes compasión de este corazón paternal, cuando, mientras sube sólo con su hijo, éste, más sencillo que una paloma, le pregunta: *Padre, ¿dónde está la víctima?* y que él responde: *¡Dios proveerá, hijo mío!* ¿Acaso no crees que la dulzura del hijo, llevando a cuestas la leña y disponiéndola sobre el altar, no derritió de ternura las entrañas del padre? ¡Oh corazón que los ángeles admiran y Dios magnifica! ¡Oh Señor Jesús! ¿cuándo será que, después de haberos sacrificado todo cuanto tenemos, os inmolaremos todo cuanto somos? ¿Cuándo os ofreceremos en holocausto nuestro libre albedrío, único hijo de nuestro espíritu? ¿Cuándo será que lo ataremos y lo tenderemos sobre la pira de vuestra cruz, de vuestras espinas, de vuestra lanza, para que, como una ovejuela, sea víctima agradable a vuestro beneplácito, para morir y arder bajo la espada y en el fuego de vuestro santo amor?

Nunca nuestro albedrío es tan libre como cuando es esclavo de la voluntad de Dios, y nunca es tan esclavo, como cuando sirve a nuestra propia voluntad; nunca tiene tanta vida, como cuando muere a sí mismo, y nunca está tan muerto como cuando vive para sí.

Tenemos libertad para obrar bien u obrar mal; pero escoger el mal no es usar, sino abusar de la libertad. Renunciemos a esta desdichada libertad y sujetemos, para siempre, nuestro libre albedrío al amor celestial; hagámonos esclavos del amor, cuyos siervos son más felices que los reyes. Y si alguna vez quiere nuestra alma emplear su libertad contra nuestras resoluciones de servir a Dios eternamente y sin reservas, entonces sacrifiquemos este libre albedrío y hagámoslo morir a sí mismo, para que viva en Dios.

XI

De los motivos que tenemos para el santo amor

San Buenaventura, el padre Luis de Granada, el padre Luis de León, fray Diego de Estella, han discurrido suficientemente sobre esta materia, por lo que me limitaré a llamar la atención sobre los puntos que ya he tocado en este tratado.

La divina bondad, considerada en sí misma, no es sólo el motivo principal entre todos, sino también el más noble y el más poderoso, porque es éste el que arrebata a los bienaventurados y les colma de felicidad. ¿Cómo es posible tener corazón y no amar una tan infinita bondad?

El segundo motivo es el de la providencia natural de Dios para con nosotros, el de la creación y el de la conservación.

El tercer motivo es el de la providencia sobrenatural de Dios y el de la redención.

El cuartomotivo es la consideración de la manera como practica Dios esta providencia y esta redención, procurando a cada uno todas las gracias y todos los auxilios necesarios para la salvación.

El quinto motivo es la gloria eterna, a la cual nos ha destinado la divina bondad, que es el colmo de los beneficios de Dios para con nosotros.

XII

Método muy útil para servirse de estos motivos

Para sacar de estos motivos un profundo y poderoso ardor de dilección, es menester: 1.º Que, después de haber considerado cada uno de ellos, en general, lo apliquemos a nosotros mismos, en particular. *Me amó,* es decir, me amó a mí; a mí tal cual soy, *y se entregó a la pasión por mí*[15].

2.º Hemos de considerar losbeneficios divinos en su origen primero y eterno. Dios, desde toda la eternidad, *pensaba* en mí, *con pensamientos* de bendición[16]. Meditaba, señalaba, o mejor dicho, determinaba la hora de mi nacimiento, de mi bautismo, de

todas las inspiraciones que me había de enviar, en una palabra, de todos los beneficios que me había de hacer y de ofrecer. ¿Se puede dar una dulzura semejante a esta dulzura?

3.º También hay que considerar los beneficios divinos en su fuente meritoria. Porque ¿no sabes, Teótimo, que el sumo sacerdote de la ley llevaba sobre sus espaldas y sobre su pecho los nombres de los hijos de Israel, es decir, unas piedras preciosas, en las cuales los nombres de los jefes de Israel estaban grabados? Mira, pues, a Jesús nuestro gran *Obispo*[17] contémplale en el primer instante de su concepción y considera que ya entonces nos llevaba sobre sus espaldas, aceptando la carga de rescatarnos con su muerte y *muerte en cruz*[18]. ¡Ah, Teótimo, Teótimo! el alma de este Salvador nos conocía a todos por el nombre y apellido; pero, sobre todo, el día de su pasión, cuando ofrecía sus lágrimas, sus oraciones, su sangre y su vida por nosotros, lanzaba, en particular, por ti estos pensamientos de amor: Padre eterno, tomo a mi cuenta, y cargo con todos los pecados del pobre Teótimo, hasta sufrir los tormentos y la muerte, para que quede libre de ellos y, en lugar de perecer, viva; muera Yo con tal que él viva; sea Yo crucificado, con tal que él sea glorificado. ¡Oh amor soberano del corazón de Jesús! ¡Qué corazón te bendecirá jamás con la devoción debida!

De esta manera, dentro de su pecho maternal, su divino corazón preveía, disponía, merecía e impetraba todos los beneficios que poseemos, no sólo para todos, en general, sino también para cada uno en particular, y sus pechos, llenos de dulzura, nos preparaban la leche de sus inspiraciones, de sus movimientos y de sus suavidades, por las cuales atrae, conduce y alimenta nuestros corazones para la vida eterna. Los beneficios no nos enfervorizan, si no miramos la voluntad eterna que los dispone para nosotros, y el corazón del Salvador que nos lo ha merecido con tantas penas y, sobre todo, con su pasión y muerte.

XIII

Que la palabra «Calvario» es la verdadera escuela de amor

Finalmente, para concluir, la muerte y la pasión de nuestro

Señor es el motivo más dulce y el más fuerte que puede mover nuestros corazones en esta vida mortal, y en la gloria celestial, después del motivo de la bondad divina conocida y considerada en sí misma, el de la muerte del Salvador será el más poderoso para arrebatar a los espíritus bienaventurados en el amor de Dios, en prueba de lo cual, en la Transfiguración, que no era más que una muestra de la gloria, *hablaban* con nuestro Señor del *exceso que había de realizar en Jerusalén*[19]. Mas ¿de qué exceso, sino del exceso de amor, por el cual la vida fue arrebatada al Amante para ser dada al amado?

El monte Calvario, es el monte de los amantes. Todo amor que no se origina en la pasión del Salvador es frívolo y peligroso. Desgraciada es la muerte sin el amor del Salvador. El amor y la muerte están de tal manera entrelazados en la pasión del Salvador, que es imposible tener uno de ellos en el corazón sin el otro. En el Calvario no puede haber vida sin amor, ni amor sin la muerte del Redentor. Fuera de allí todo es, o muerte eterna o amor eterno, y toda la sabiduría cristiana consiste en saber escoger bien.

¡Oh amor eterno! mi alma te requiere y te escoge eternamente. Ven, Espíritu Santo, e inflama nuestros corazones en tu amor. O amar o morir; o morir o amar. Morir a todo otro amor, para vivir tan sólo al de Jesús, a fin de que no muramos eternamente, sino que, viviendo en tu amor eterno, oh Salvador de nuestras almas, cantemos eternamente: ¡Viva Jesús. Yo amo a Jesús, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Que estas cosas, Teótimo, que han sido escritas para tu caridad, con la gracia y el favor de la caridad, arraiguen de tal manera en tu corazón, que esta caridad encuentre en ti el fruto de las santas obras; no tan sólo las hojas de las alabanzas. ¡Bendito sea Dios!

NOTAS

LIBRO PRIMERO

1 Rom., VII, 23.
2 Rom., VII, 23.
3 De civit., 1, XIV, c. 9. S. Agustín.
4 De civit., 1. XIV, c. VII y IX.
5 Cant., I, 1.
6 Jansenio, obispo de Gante, en su comentario sobre el Evangelio de San Marcos.
7 Act., IV, 32.
8 Jn., XVII, 2.
9 Job., I, 14
10 Gen., XVII, 17.
11 Mat., XXVI, 38.
12 Luc., XXII, 42.
13 Homil., II, in Cant.
14 De civit, 1, XIV, c. 47.
15 Jn. V, 7.
16 Rom., VII, 18.
17 Thren., II, 15
18 Sal. LXXVII, 39.
19 Salm. IV, 6.
20 Sal. IV, 7.

LIBRO SEGUNDO

1. Apoc., XIX, 12.
2 Eccl., XLIII, 29 y sig.
3 I Jn., III, 20.
4 Sal. CL, 6.
5 J., I, 3.
6 Gén., L, 20
7 Sal. LXXVII, 39.
8 Sal. CXXIX, 7.
9 Coloss., I, 15-18.
10 Luc., XV, 7.
11 Rom., XII; 21.
12 Sant., II, 13.
13 Sal. CXLIV, 3.
14 Cant., VI, 8.
15 Eccl. XXIV, 24.
16 Mat., V, 45.
17 Jn. I, 9.
18 Mat., XIII, 4.
19 Eccl., XLIV, 20.
20 Apoc., II, 17.
21 I Cor., XV, 41.
22 I Cor., VII, 7.
23 Luc., XII, 49.
24 Mat., XII, 49.
25 Prov., I, 20 y sig.
26 Ez. XXXIII, 10 y 11.
27 I Jn., III; 14.
28 Apoc., III, 29.
29 Rom., II, 4, 5.
30 Cant., II, 10.
31 Cant., V, 6.
32 Ez., XVIII, 30, 31.
33 Sal. CXLIV, 9; Sant., II, 13.
34 Sal. CXXIX, 7.
35 Efes., II, 4.
36 I Tim., II, 4.
37 II Ped., III, 9.
38 Jerem., XXXI, 3.
39 Jn., I, 47.
40 Tit., III, 5.
41 Jn., VI, 44.
42 II Cor., III, 5.
43 Sal., XX, 4.
44 Mat., XI, 21.
45 Is., XIV, 12.
46 Prov., IV, 18.
47 II Cor., VII, 1.
48 Mat., VIII, 21.
49 IV Rey., IV, 2-6.
50 I Tim., I, 15.
51 Cap., XVI de su Vida.
52 Hech., IX, 15.
53 Jn., IV, 10.
54 Mat., IV, 17.
55 Luc., VII, 47.
56 Sal., CXVIII, 94.
57 Sal., LVI, 2.
58 Sal., LXVIII, 2.
59 Luc., XV, 19.
60 Luc., XVIII, 13.
61 Sal., CXLI, 3.
62 Marc., IX, 23.

63 Rom., V, 5.
64 Sal., XLIV, 10.
65 Sab., VII, 11.

LIBRO TERCERO

1 Sal., LXXXIII, 8.
2 Apoc., XXII, 11.
3 Ecl., IV, 33.
4 Gén., XXVIII, 12.
5 I Cor., IX, 24.
6 Fil., II, 8.
7 Sal., CXVIII, 112.
8 Sal., CXVIII, 1.
9 Mat., X, 42.
10 Orat. dom., XIII, post. Pent.
11 Luc., XVII, 5.
12 II Cor., IX, 8.
13 II. Cor., VI, 1.
14 Gál., VI, 10.
15 I. Cor., IX, 24.
16 Gén., XVII, 1.
17 Mat., XIX, 21.
18 Is., XVI, 13.
19 Fil., I, 6.
20 Fil., II, 13.
21 Mat., X, 22.
22 Rom., VIII, 38, 39.
23 Ultima oración de las letanías de los santos.
24 Fil., II, 8.
25 Jn., XV, 5.
26 Jn., XV, 6.
27 Sal., LXXII, 25, 26.
28 Cant., III, 4.
29 Apoc., XIX, 9.
30 Luc., VI, 38.
31 I Rey., XVII, 38, 39.
32 Cant., VI, 8.
33 Cant., VI, 9.
34 I Cor., VII, 33, 34.
35 I Cor., VII, 32.
36 Cant., II, 7.
37 Cant., II, 14.
38 Gén., XXVIII, 12.
39 Eccl., XXIV, 24.
40 Sal., CXVIII, 103.
41 Luc., XXIV, 32.
42 Sal., XLI, 2.
43 I Cor., XIII, 12.
44 Os., II, 14.
45 Is., LXVI, 10-12.
46 I Cor., XIII, 12.
47 Sal., CIX, 3.

LIBRO CUARTO

1 Cor., X, 12.
2 Apoc., III, 11.
3 II Ped., I, 10.
4 Sal. L, 13.
5 Mat., VI, 13.
6 Fil., II, 12.
7 Cant., VIII, 6.
8 Jer., II, 12.
9 Is., XXXIII, 7.
10 I Cor., XIII, 12.
11 Cant., II, 15.
12 Gén., III, 1 y sig.
13 I Jn., I, 16.
14 Rom., I, 20, 21.
15 I Cor., IV, 7.
16 Rom., I, 21.
17 Rom., I, 22.
18 I. Tract. XXVI, in Joan.
19 Ep. CV.
20 De bono perseq., XXII.
21 Rom., IX, 20.
22 Rom., XI, 33.
23 Ecl., III, 22.
24 Rom., XI, 33.
25 Sab., VIII, 1.
26 Sab. XI, 21.
27 Sal., CIII, 24.
28 Rom., XI, 33.
29 Sal. LXXVII, 9.
30 I Ped., V, 8.

LIBRO QUINTO

1 Sal. XCIX, 3.
2 Jn., XIV, 23.
3 Apoc., III, 20.
4 Prov., XV, 14.
5 Jn., IV, 34.
6 Cant., V, 1.
7 Prov., VIII, 31.

8 Cant., I, 3.
9 Gál., II, 20.
10 II Cor., XI, 29; Rom, IX, 2; I Cor., XV, 31.
11 Luc., II, 35
12 Cant., I, 12.
13 Gén., XXI, 16.
14 Jn., XI, 35.
15 Luc., XIX, 41.
16 Gén., XXXVII, 33, 34.
17 Gén., XLV, 27.
18 Gén., XLVI, 30.
19 Cant., VIII, 6.
20 Mat., XXVI, 38.
21 Exod., III, 2.
22 Cant., II, 2.
23 Gén., XXV, 22.
24 Gén., XXXV, 18.
25 Cant., V, 2.
26 Sal., XV, 2.
27 Luc., I, 46.
28 Luc., I, 47.
29 Fil., III, 8.
30 Cant., II, 16.
31 Cant., III, 3.
32 Sal. XXVI, 8.
33 Cant., V, 10 y sig.
34 Sal. CL, 6.
35 Sal. CXLI, 8.
36 Cant., II, 14.
37 Ecl., XXIV, 24.
38 Sal., XLIV, 3.
39 Cánt., I, 2.
40 Gén., XXVII, 27.
41 Cant., II, 9.
42 Cant., II, 10.
43 Cant., II, 12.
44 Cant., II, 14.
45 Cant., II, 14.
46 Cant., II, 14.
47 Is., VI, 2.
48 Ibid.

LIBRO SEXTO

1. Ex., XIX, 19.
2 Ecl., XXIV, 29.
3 Cant., I, 12.
4 Lc., X, 42.
5 Sal., CXVIII, 68.
6 Sal., CXVIII, 103.
7 Jn., XX, 28.
8 Cant., III, 4.
9 Mat., XVI, 17.
10 Cant., II, 16, 17.
11 Cant., VIII, 4.
12 Lc., X, 39.
13 Cant., V, 13.
14 Lc., X, 41, 42.
15 Lc., I, 41.
16 Lc., XXIV, 30.
17 Cant., V, 2.
18 Gál., II, 2.
19 Col., III, 3.
20 Sal., XLI, 4.
21 Cant., V, 8.
22 Sal., LIV, 7.
23 Cant., II, 4.
24 Jn., XXI, 15 y sig.
25 Cant., I, 12.

LIBRO SÉPTIMO

1 San Dionisio Areopagita.
2 Sal., CXIII, 103.
3 Col., III, 14.
4 Cant., I, 3.
5 Gál., II, 20.
6 Cor., XIII, 2.
7 Rom., V, 5.
8 II Cor., XI, 14.
9 I Reg., X, 11.
10 Jn., VI, 44.
11 Col., III, 3.
12 Col., III, 4.
13 Reg., XVIII, 21. —Melcom, el ídolo conocido también por Moloch.
14 II Cor., V, 14.
15 II Cor., V, 15.
16 Cant., II, 16.
17 Rom., VIII, 38, 39.
18 Cant., VIII, 6.
19 Sab., IV, 7.
20 Cant., VII, 11.
21 Cant., VIII, 6.
22 Mt., V, 7.
23 Jn., XVII, 4.
24 Cant., I, 3.

LIBRO OCTAVO

1 Tim., I, 9.
2 Mt., VI, 10.
3 Ecl., XV, 14.
4 Prov., VIII, 31.
5 I Tes., IV, 3.
6 Sal., CXVIII, 71.
7 Hech., V, 41.
8 Sal., CXVIII, 171.
9 Mt., XIX, 21.
10 I. Cor., VII, 5.
11 Mt., XIX, 12.
12 I Cor., XIII.
13 I Cor., XIII, 4.
14 Mt., XXI, 3.
15 Is., LXII.
16 Hech., IV, 32.
17 Lc., XXXII, 42.
18 Levit., XI, 44.
19 Ap., XXII, 11.
20 Mt., V, 48.
21 Job., XIV, 2.
22 Rom., XII, 20.
23 Is., XXVIII, 19.
24 Hech., II, 2.
25 Ibid., 3.
26 Cant., V, 6.
27 Ibid., VII, 1.
28 Núm., XII, 3.
29 Monasterio de Siria.
30 Monasterio de Siria.
31 Mal., II, 7.

LIBRO NOVENO

1 Mt., VI, 10.
2 Job., II, 10.
3 Fil., I, 23, 24.
4 Cant., I, 3.
5 Lc., X, 35.
6 I Cor., III, 6.
7 Sal., CXVIII, 137.
8 Sal., CXVIII, 53.
9 Rom., IX, 2.
10 Hech., XX, 31.
11 Ibid., 26, 27.
12 Hech., XX, 31.
13 Mt., XXI, 43.
14 Lc., XXIII, 46.
15 Sal., XXIV, 15.
16 Ibid.
17 Is., L, 5.
18 Ibid., 6.
19 Mt., XXVII, 46.
20 Lc., XXIII, 46.
21 Cant., V, 3.
22 Job., I, 21.
23 Colos., III, 9, 10.
24 Sal., XLVI, 11, 12.
25 Cant., II, 4.
26 Hech., XII, 8.
27 Ibid., IX, 6.
28 Sal., CXLII, 10.
29 Cant., VIII, 6.

LIBRO DÉCIMO

1 Mt., XXII, 38.
2 Sal., LVIII, 7.
3 Mt., XXIV, 30.
4 Jn., XIX, 37.
5 Tim., 1, 9.
6 Sal., LXXXIII, 5.
7 I Cor., XIII, 11.
8 I Cor., XIII, 12.
9 Deut., VI, 5.
10 Mt., XIX, 20.
11 Ibid., y Luc., XVIII, 21-23.
12 Lc., IX, 59.
13 Luc., IX, 60.
14 Mt., XVII, 4.
15 Se cuenta de esta santa que, abierto su cuerpo, después de su muerte, se encontró en su corazón la imagen de Cristo crucificado.
16 Cant., VI, 8.
17 Ibid.
18 Cant., VI, 8.
19 Cant., VII, 10.
20 Prov., XXIV, 16.
21 I Cor., XV, 41.
22 Ap., III, 17.
23 Deut., V, 4, 5.
24 Mt., VII, 7.
25 Mt., V., 23, 24.
26 Jn., XV, 13.
27 Gén., I, 26.

28 Mt., XXII, 37 y sig.
29 II Ped., I, 4.
30 Tob., VII, 1 y sig.
31 Sal., CXVIII, 163.
32 Ibid., CXXXVIII, 21.
33 Ibid., CXVIII, 139.
34 Jn., II, 13-22.
35 II Cor., XI, 2.
36 I Cor., XV, 31.
37 II Cor., XI, 29.
38 Rom., IX, 2.
39 Exod., XXXII, 32.
40 Mt., XIII, 28, 29.
41 Lc., IX, 54 y sig.
42 Sant., I, 20.
43 Hech., IX, 15.
44 Rom., IX, 9.
45 Gál., III, 13.
46 Mt., VIII, 7.
47 I Cor., XIII, 4-6.
48 II Cor., V, 14.
49 Tit., III, 4.
50 Prov., VIII, 31.
51 Fil., II, 1.
52 Lc., XII, 50.
53 Lc., XXII, 43, 44.
54 Ap., I, 18.
55 Jn., X, 18.
56 Is., LIII, 7.
57 Mt., XXVII, 50.
58 Jn., XIX, 30.
59 Lc., XXIII, 46.
60 Ibid.
61 Jn., X, 18.
62 II Cor., V, 14.

LIBRO ONCE

1 Lc., X, 30.
2 Ibid., 33, 34.
3 I. Cor., XV, 57.
4 Mt., XXXVI, 41.
5 Sal., CXXXVI, 1.
6 Hech., V, 15.
7 I Cor., XV, 58.
8 Job., I, 1.
9 Rom., VIII, 28.
10 I Cor., XIII, 7.
11 I Cor., XIII, 4, 7.
12 Hech., IX, 15.
13 I Cor., XIII, 2, 3.
14 I Cor., XIII, 3.
15 Cant., IV, 9.
16 Ibid., VI, 4.
17 Jn., XV, 5.
18 Ibid., IV, 14.
19 Sal., CXXXII, 12.
20 Fil., I, 6.
21 Gén., II, 10.
22 I Cor., XIII, 4.
23 I Cor., XIII, 4, 5, 6, 7.
24 Colos., III; 14.
25 Jn., XIV, 21, 24, 25.
26 I Jn., II, 5.
27 Ibid., V, 3.
28 Gén., II, 7.
29 Gén., XVIII, 12.
30 Cant., I, 1.
31 Gál., V, 22, 23.
32 Gén., XXV, 22.
33 Rom., VIII, 24.
34 Sal., XXIV, 15.
35 Ecles., II, 2.
36 Mt., X, 28.
37 Lc., X, 20.
38 Ibid., VI, 25.
39 II Cor., VII, 10.
40 Fil., II, 18.
41 II Cor., VII, 10.

LIBRO DOCE

1 Sal., IX, 28.
2 Mt., V, 3.
3 Prov., VIII, 35.
4 Sal., XVII, 26.
5 Col., III, 17.
6 I Cor., X, 31.
7 Rom., XII, 1.
8 Introducción a la Vida Devota.
9 Sal., CXVIII, 94.
10 Cant., II, 16.
11 Gén., XII, 1.
12 Hebr., XI, 8.
13 Gén., XXII, 1, 2, y sig.
14 Mt., V, 28.
15 Gál., II, 20.
16 Jer., XXIX, 11.

17 I Ped., II, 25.
18 Fil., II, 8.
19 Lc., IX, 31.

INDICE

LIBRO PRIMERO

Que contiene una preparación de toda la obra

Capítulo	*Página*
Dedicatoria	5
I. — Que para la hermosura de la humana naturaleza, Dios entregó a la voluntad el gobierno de todas las facultades del alma	7
II . — Cómo la voluntad gobierna de muy diversas maneras las potencias del alma	8
III. — De qué manera la voluntad gobierna el apetito sensual	9
IV. — Que el amor domina sobre todos los efectos y pasiones, y también gobierna la voluntad, si bien la voluntad tiene también dominio sobre él	11
V. — De los efectos de la voluntad	13
VI. — Cómo el amor de Dios domina sobre los demás amores	14
VII. — Descripción del amor en general	15
VIII. — Cuál es la conveniencia que excita el amor	17
IX. — Que el amor tiende a la unión	18
X. — Que la unión pretendida por el amor es espiritual	19
XI. — Que hay en el alma dos porciones y de que manera	21
XII. — Que en estas dos porciones del alma hay cuatro diferentes grados de razón	24
XIII. — De las diferencias de los amores	27
XIV. — Que la caridad se ha de llamar amor	28
XV. — De la conciencia que hay entre Dios y el hombre	29

Capítulo *Página*
XVI. — Que nosotros tenemos una inclinación a amar a Dios sobre todas las cosas 30
XVII. — Que naturalmente no está en nuestras manos el poder amar a Dios sobre todas las cosas 32
XVIII. — Que la inclinación natural que tenemos a amar a Dios no es inútil 33

LIBRO SEGUNDO

Historia de la generación y nacimiento celestial del amor divino

Capítulo *Página*
I. — Que las perfecciones divinas son una sola, pero infinitas y perfectas 36
II. — Que en Dios no hay más que un solo acto, el cual es su propia divinidad 37
III. — De la providencia divina en general 39
IV. — De la sobrenatural providencia que Dios ejerce sobre las criaturas racionales 40
V. — Que la celestial Providencia a proveído a los hombres de una redención copiosísima 43
VI. —De algunos favores especiales hechos en la redención de los hombres por la Divina Providencia 44
VII. — Cuán admirable es la divina Providencia en la diversidad de gracias que distribuye entre los hombres 47
VIII. — Cuanto desea Dios que le amemos 49
IX. — Cómo el amor eterno de Dios a nosotros dispone nuestros corazones con la inspiración para que le amemos 51
X. — Que nosotros rehusamos con frecuencia la inspiración y nos negamos a amar a Dios 53
XI. — Que no hay que atribuir a la divina Bondad el que no tengamos un muy excelente amor 54
XII. — Que los llamamientos divinos nos dejan en

Capítulo *Página*

completa libertad para seguirlos o para no aceptarlos 56
XIII. — De los primeros sentimientos de amor que los alicientes divinos levantan en el alma antes que ésta tenga fe 57
XIV. — Del sentimiento del amor divino que se recibe por la fe 59
XV. — Del gran sentimiento de amor que recibimos por la santa esperanza 60
XVI. — Cómo el amor se practica en la esperanza 60
XVII. — Que el amor de esperanza es muy bueno, aunque imperfecto 61
XVIII. — Que el amor se practica en la penitencia, y, en primer lugar, que hay varias clases de penitencia 62
XIX. — Que la penitencia sin el amor es imperfecta 64
XX. — Cómo la mezcla del amor con el dolor se realiza en la contrición 64
XXI. — Cómo los llamamientos amorosos de Dios nos ayudan y nos acompañan hasta conducirnos a la fe y a la caridad 65
XXII. — Breve descripción de la caridad 66

LIBRO TERCERO

Del progreso y de la perfección del amor

Capítulo *Página*

I. — Que el amor sagrado puede aumentar más y más en cada uno de nosotros 68
II. — Cómo nuestro Señor ha hecho fácil el crecimiento en el amor 69
III. — Cómo el alma, que vive en caridad, progresa en ella 71
IV. — De la santa perseverancia en el sagrado amor ... 72
V. — Que la dicha de morir en la divina caridad es un don de Dios 74

Capítulo *Página*
VI. — Que nos podemos llegar a esta perfecta unión de amor con Dios en esta vida mortal 77
VII. — Que la caridad de los santos, en esta vida mortal iguala, y, aún excede, a veces, a la de los bienaventurados 78
VIII. — Del incomparable amor de la Madre de Dios Nuestra Señora 79
IX. — Preparación para el discurso acerca de la unión de los bienaventurados con Dios 81
X. — Que el deseo precedente acrecentará en gran manera la unión de los bienaventurados con Dios 82
XI. — De la unión de los espíritus bienaventurados con Dios en la visión de la divinidad 83
XII. — De la unión eterna de los espíritus bienaventurados con Dios en la visión del nacimiento eterno del Hijo de Dios 84
XIII. — De la unión de los espíritus bienaventurados con Dios en la visión de la producción del Espíritu Santo 85
XIV. — Que la santa luz de la gloria servirá para la unión de los espíritus bienaventurados con Dios ... 87
XV. — Que la unión de los bienaventurados con Dios tendrá diferentes grados 88

LIBRO CUARTO

De la decadencia y ruina de la caridad

Capítulo *Página*
I. — Que podemos perder la caridad y el amor de Dios mientras estamos en esta vida mortal 90
II. — Del enfriamiento del alma en el amor sagrado 91
III. — Cómo se deja el divino amor por el amor a las criaturas 92
IV. — Que el amor sagrado se pierde en un momento . 94

Capítulo *Página*
V. — Que la causa de la falta o del enfriamiento de la caridad es la voluntad de las criaturas 95
VI. — Que debemos atribuir a Dios todo el amor que le tenemos 96
VII. — Que hemos de evitar toda curiosidad y conformarnos humildemente con la sapientísima providencia de Dios 98
VIII. — Exhortación a la amorosa sumisión que debemos a los decretos de la Providencia divina 99
IX. — De un cierto rastro de amor, que muchas veces permanece en el alma que ha perdido la santa caridad 101
X. — Cuán peligroso es este amor, imperfecto 103
XI. — Manera de reconocer este amor imperfecto 104

LIBRO QUINTO

De los dos principales ejercicios del amor sagrado, que consisten en la práctica de la complacencia y de la benevolencia

Capítulo *Página*
I. — De la sagrada complacencia del amor, y, primeramente en qué consiste 107
II. — Que por la santa complacencia somos hechos como niños en los pechos de nuestro señor 108
III. — Que la sagrada complacencia de nuestro corazón a Dios nos hace sentir un perpetuo deseo en el gozo 110
IV. — De la amorosa compasión por la cual se explica mejor la complacencia del amor 111
V. — De la condolencia y complacencia del amor en la Pasión de nuestro Señor 112
VI. — Del amor de benevolencia a nuestro Señor, que practicamos a manera de deseo 114
VII. — Cómo el deseo de ensalzar y glorificar a Dios

Capítulo *Página*
nos aleja de los placeres inferiores y nos hace atentos a las divinas perfecciones 115
VIII. — Cómo la santa benevolencia produce la alabanza del divino Amado 116
IX. — Cómo la benevolencia nos mueve a llamar a todas las criaturas, para que alaben a Dios 117
X. — Cómo el deseo de amor a Dios nos hace aspirar al cielo 118
XI. — Cómo practicamos el amor de benevolencia en las alabanzas que nuestro Redentor y su Madre dan a Dios 119
XII. — De la soberana alabanza con que Dios se alaba a sí mismo y del ejercicio de benevolencia que en ella practicamos 121

LIBRO SEXTO

De los ejercicios del amor en la oración

Capítulo *Página*
I. — Descripción de la teología mística, la cual no es otra cosa que la oración 124
II. — De la meditación, primer grado de la oración o teología mística 125
III. — Descripción de la contemplación, y de la primera diferencia que hay entre ella y la meditación 127
IV. — Que, en este mundo, el amor trae su origen, más no su excelencia, del conocimiento de Dios 128
V. — Segunda diferencia entre la meditación y la contemplación 129
VI. — Que la contemplación se hace sin esfuerzo y que ésta es la tercera diferencia entre ella y la meditación 131
VII. — De recogimiento amoroso del alma en la contemplación 132
VIII. — Del reposo del alma recogida en su amado 134

Capítulo *Página*
IX. — De los diversos grados de esta quietud, y cómo hay que conservarla 136
X. — Prosigue el discurso sobre la santa quietud y sobre cierta abnegación de sí mismo que en ella se puede a veces practicar 137
XI. — De la efusión o derretimiento del alma en Dios.
XII. — De la herida del amor 139
XIII. — De algunos otros medios por los cuales el amor santo hiere los corazones 141

LIBRO SEPTIMO

De la unión del alma con su Dios que se perfecciona en la oración

Capítulo *Página*
I. — Cómo el amor produce la unión del alma con Dios, en la oración 143
II. — De los diversos grados de la sagrada unión que se produce en la oración 145
III. — Del supremo grado de unión por la suspensión y el arrobamiento 145
IV. — Del arrobamiento y de la primera especie del mismo 146
V. — De la segunda especie de arrobamiento 147
VI. — De las señales del buen arrobamiento y de la tercera especie del mismo 148
VII. — Cómo el amor es la vida del hombre. Prosigue el discurso sobre la vida extática 150
VIII. — Admirable exhortación de San Pablo a la vida extática y sobre humana 152
IX. — Del supremo efecto del amor afectivo, que es la muerte de los amantes, y primeramente, de los que murieron en el amor 153
X. — De los que han muerto por el amor y por el amor divino 155

Capítulo *Página*

XI. — Que algunos entre los divinos amadores han muerto también en el ejercicio del amor 155

XII. — Que la santísima Virgen ´Madre de Dios murió de amor por su Hijo 157

XIII. — Que la santísima Virgen murió de un amor extremadamente dulce y tranquilo 157

LIBRO OCTAVO

Del amor de conformidad, por el cual unimos nuestra voluntad a la de Dios, que nos es significada por sus mandamientos, consejos e inspiraciones

Capítulo *Página*

I. — Del amor de conformidad, que proviene de la sagrada complacencia 160

II. — De la conformidad de sumisión, que procede del amor de benevolencia 161

III. — Cómo debemos conformarnos con la divina voluntad que llamam significada 162

IV. — De la conformidad de nuestra voluntad con la que Dios tiene que salvarnos 164

V. — De la conformidad de nuestra voluntad con la Dios que nos es significada por sus mandamientos 165

VI. — De la conformidad de nuestra voluntad con la de Dios significada por los consejos 166

VII. — Que el amor a la voluntad de Dios significada en los mandamientos nos lleva al amor de los consejos 168

VIII. — Que el desprecio de los consejos evangélicos es un gran pecado 170

IX. — Prosigue el discurso precedente. Cómo todos deben amar, aunque no practicar, todos los consejos evangélicos, y cómo a pesar de ello, debe cada uno practicar los que puede 171

X. — Cómo nos hemos de conformar con la voluntad divina significada por las inspiraciones, y, en pri-

Capítulo *Página*
mer lugar, de la variedad de medios que Dios nos inspira 174
XI. — De la unión de nuestra voluntad con la de Dios en las inspiraciones que se nos dan para la práctica extraordinaria de las virtudes, y de la perseverancia en la vocación, primera señal de la inspiración 175
XII. — De la unión de la voluntad humana con la de Dios en las inspiraciones que van contra las leyes ordinarias y de la paz y dulzura de corazón, segunda señal de la inspiración 177
XIII. — Tercera señal de la inspiración, que es la santa obediencia a la Iglesia y a los superiores 179
XIV. — Breve método para conocer la voluntad de Dios 181

LIBRO NOVENO

Del amor de sumisión, por el cual nuestra voluntad se une al beneplácito de Dios

Capítulo *Página*
I. — De la unión de nuestra voluntad con la voluntad divina, que se llama voluntad de beneplácito 183
II. — Que la unión de nuestra voluntad con el beneplácito de Dios se hace principalmente en las tribulaciones 184
III. — De la unión de nuestra voluntad con el beneplácito divino, en las aflicciones espirituales, por la resignación 186
IV. — De la unión de nuestra voluntad con el beneplácito divino por la indiferencia 186
V. — De la práctica de la indiferencia amorosa en las cosas del servicio de la gloria de Dios 188
VI. — De la indiferencia que debemos practicar en lo tocante a nuestro adelanto en las virtudes 191
VII. — Cómo debemos unir nuestra voluntad con la de Dios en la permisión de los pecados 192

Capítulo *Página*
VIII. — Cómo la pureza de la indiferencia se ha de practicar en las acciones del amor sagrado 194
IX. — Manera de conocer el cambio en el sujeto de este santo amor 195
X. — De la perplejidad del corazón que ama sin que sepa que agrada al Amado 197
XI. — Cómo el alma, en medio de estos trabajos interiores, no conoce el amor que tiene a Dios, y de la muerte amabilísima de la voluntad 198
XII. — Cómo la voluntad una vez muerta a sí misma, vive puramente en la voluntad de Dios 199
XIII. — Del ejercicio más excelente que podemos practicar en medio de las penas interiores y exteriores de esta vida, mediante la indiferencia y la muerte de nuestra voluntad 199
XIV. — Del despojo perfecto del alma unida a la voluntad de Dios 201

LIBRO DECIMO

Del mandamiento de amor a Dios sobre todas las cosas

Capítulo *Página*
I. — De la dulzura del mandamiento que Dios nos ha impuesto de amarle sobre todas las cosas 204
II. — Que este divino mandamiento del amor tiende hacia el cielo, pero, con todo, es impuesto a los fieles de este mundo 206
III. — Cómo estando ocupado todo el corazón en el amor sagrado, puede, sin embargo, amar a Dios deferentemente, y amar también muchas cosas por Dios 207
IV. — De dos grados de perfección con los cuales este mandamiento puede ser observado en esta vida mortal 208

Capítulo *Página*

V. — De otros dos grados de mayor perfección por los cuales podemos amar a Dios sobre todas las cosas 209

VI. — Que el amor a Dios sobre todas las cosas es común a todos los amantes 212

VII. — Aclaración del capítulo aterior 213

VIII. — Memorable historia para dar bien a entender en qué estriba la fuerza y la excelencia del sagrado amor 214

IX. — Cómo debemos amar a la divina bondad sumamente y más que a nosotros mismos 218

X. — Cómo la santísima caridad produce el amor al prójimo 219

XI. — Del celo o celos que debemos tener para con nuestro Señor 221

XII. — Aviso sobre la manera de conducirse en el santo celo 223

XIII. — Que el ejemplo de muchos santos, los cuales, según parece, ejercitaron el celo con cólera, en nada contradice lo dicho en el capítulo precedente 224

XIV. — Cómo nuestro Señor practicó todos los actos más excelentes de amor 227

LIBRO ONCE

De la soberana autoridad que el amor sagrado ejerce sobre todas las virtudes, acciones y perfecciones del alma

Capítulo *Página*

I. — Como todas las virtudes son agradables a Dios.... 231

II. — Que el amor sagrado hace que las virtudes sean mucho más agradables a Dios de lo que lo son por su propia naturaleza 233

III. — Como hay virtudes que son levantadas a un mayor grado de excelencia que otras por la presencia del divino amor 234

Capítulo *Página*
IV. — Como el divino amor santifica de una manera más excelente las virtudes cuando se practican por su orden y mandato 235
V. — Como el amor sagrado mezcla su dignidad entre las demás virtudes y perfecciona el de cada una en particular 236
VI. — De la excelencia del valor que el amor sagrado comunica a las acciones del mismo y a las que proceden de las demás virtudes 238
VII. — Que las virtudes perfectas jamás están las unas sin las otras 239
VIII. — Cómo la caridad abarca todas las virtudes 241
IX. — Que las virtudes sacan su perfección del amor sagrado 243
X. — Cómo el santo amor, cuando vuelve al alma, hace que revivan todas las obras que el pecado había hecho perecer 245
XI. — Cómo debemos reducir toda la práctica de las virtudes y de nuestras acciones al santo amor 245
XII. — Cómo la caridad contiene en sí los dones del Espíritu Santo 246
XIII. — Cómo el amor sagrado comprende los doce frutos del Espíritu Santo, con las ocho bienaventuranzas del Evangelio 248
XIV. — Cómo el divino amor emplea todas las pasiones y todos los afectos del alma y los reduce a su obediencia 250
XV. — Que la tristeza es casi siempre inútil y contraria al servicio del santo amor 251

LIBRO DOCE

Que contiene algunos avisos para el progreso en el santo amor

Capítulo *Página*

I. — Que el progreso en el amor santo no depende de la natural complexación 254
II. — Que es menester tener un deseo continuo de amor 255
III. — Que para tener el deseo del amor sagrado es menester cercenar los deseos terrenales 256
IV. — Que las legítimas ocupaciones no impiden, en manera alguna, la práctica del divino amor 256
V. — Ejemplo muy simpático acerca de este tema 257
VI. — Que es menester aprovechar todas las ocasiones que se ofrezcan en la práctica del divino amor 258
VII. — Del cuidado que hemos de tener en hacer con gran perfección nuestras acciones 259
VIII. — Manera general de aplicar nuestras obras al servicio de Dios 259
IX. — De algunos otros medios para aplicar más particularmente nuestras obras al amor de Dios 261
X. — Exhortació al sacrificio que hemos de hacer a Dios de nuestro albedrío 263
XI. — De los motivos que tenemos para el santo amor 266
XII — Método muy útil para servirse de estos motivos 266
XIII. — Que la palabra «Calvario» es la verdadera escuela del amor 267
Notas 269
Indice 275